

## Sección Oficial

### Documentos Episcopales

## EN LA MUERTE DE JUAN XXIII

### La gran lección de su vida y de su agonía

Fueron angustiosos los largos días de agonía de Su Santidad Juan XXIII, e igualmente angustiosos los días que la Iglesia católica vivió en estado permanente de oración. Y no sólo los católicos, que le reconocíamos y venerábamos como Vicario de Jesucristo y Jefe Supremo de la Iglesia por El fundada. También los ortodoxos orientales y los protestantes, en sus varias iglesias y sectas, se unían a nosotros en la angustia y la oración, como se unen también hoy en el dolor. Y al lado de los cristianos, los judíos, los mahometanos, los paganos reconocían las excelsas virtudes humanas del Papa Roncalli y admiraban su inmenso corazón, como de padre que quería abrazar a todos los hombres para que todos nos reconociéramos y amáramos como hermanos, para que cesaran las guerras, las persecuciones, las calumnias y viviéramos en paz. Era esta la santa obsesión de Juan XXIII. El mundo lo reconoció así y le acompañó constantemente durante las angustias de su larga agonía.

“Sufro con dolor, pero también con amor, por la Iglesia, por el Concilio, por la paz”.

De características muy diferentes de las de su predecesor Pío XII, que sobresalió por su amplísima cultura humanística, de la que se valió para orientar en sentido cristiano las múltiples tendencias del mundo moderno, tan apartado de Jesucristo, la poderosa personalidad de Juan XXIII se manifestó desde el primer momento de su pontificado como compenetrada con todas las angustias y preocupaciones de la humanidad, que había sufrido dos devastadoras guerras